

Zendavesta, constituirá una síntesis verdaderamente humana, en la cual entrarán como factores indispensables todos los principios allegados hasta entonces por la cultura universal. Habrá dentro de este gran movimiento una impulsión filosófica, la cual pugnará con el carácter metafísico y artístico de la nueva idea, queriendo darle tan sólo un carácter puramente moral. No de otra suerte procedieron los budhistas en la región védica, oponiendo este carácter moral, positivo y práctico á la complicada metafísica natural y propia de los arios; mas como quiera que atacaran las castas, y las castas fueran como la base fundamental de la sociedad india, rechazó ésta el budhismo para que lo recogieran otros pueblos del extremo Oriente. Lo mismo ha sucedido con nuestras herejías, las cuales han formado sectas ó Iglesias aparte, más inclinadas unas al monoteísmo semita como los arrianos, y más inclinadas otras al panteísmo ario como los cerigenistas. Pero la gran corriente ha seguido su camino metiéndose por las profundidades más insondables del espíritu, como para reflejar mejor las profundidades más etéreas del cielo. Y al fin y al cabo, ha fundado el Cristianismo, cuya situación actual vamos á ver ahora en resumen, para poder convertir á lo futuro nuestros ojos. No se olvide, pues, cómo se ha ido formando la religión, sobre la cual reposan los espíritus, pues su formación secular, lenta, de carácter sintético, de tendencias universales y humanitarias, así como nos consuela en nuestros dolores presentes, nos hace columbrar y entrever un más dichoso porvenir á fin de que no se aparten la verdad humana y la verdad divina, la religión y la ciencia, el cristianismo y el derecho.

Veamos brevemente las religiones, que han servido á pueblos cultos y progresivos, para deducir de su estado presente si nos acercamos á la muerte y olvido tristísimo de toda fe religiosa, ó, como sería de desear, á la renovación y al rejuvenecimiento. Ha sucedido con todas las religiones asiáticas, lo mismo con la de Confucio que con la de Zoroastro, lo mismo con la de Zoroastro que con la de los Brahamanes, lo mismo con la de los Brahamanes que con la de los helenos, lo mismo con la de los helenos que con la de los latinos, lo mismo con la de los latinos que con la de los germanos, un fenómeno universal: haber quedado reducidas al continente asiático, en su mayor parte; ó reemplazadas en todo por la superior sustitución del Cristianismo. Un solo dogma presenta su extraña y singular excepción á este movimiento humanitario: el dogma judío. La religión, guardada con tanto celo por los hijos de Israel en las arenas del desierto, verdadero templo á su Dios único, ha sobrepujado todas las dificultades históricas, y ha existido con perdurable fuerza en el seno de una raza perseguida y atormentada, pero verdaderamente culta, y hasta cierto punto moderna. Pocas religiones han tenido un desarrollo tal como la religión hebráica. Su primer patriarca, el santo Abraham, alojado bajo su tienda, en el tronco de las palmas apoyada, y cerca de la linfa de una fuente clara, en los oasis misteriosos corriente, álzase á concepciones metafísicas del Dios único, superior en magnitud

al desierto sin límites, y en claror al cielo con estrellas, para lo cual derriba el ídolo terrible, que pelía, bárbaro y antropófago, en sus aras cruentas, humanos sacrificios. Y luego este Dios, que parece ofuscado en la conciencia de Israel bajo el triste látigo de los soberbios Faraones, reaparece, como el sol tras la noche oscura, en el alma de Moisés, quien; profeta y héroe, rompe la cautividad y servidumbre de su pueblo, sumerge al tirano y á sus caballos en las alteradas ondas del mar Rojo, recibe, al resplandor de la tempestad y al estampido de las nubes tonantes el Decálogo, Código moral todavía de la humanidad, y muestra en los lejos del horizonte, desde las altas montañas, la tierra, donde corre la resina del incienso y huelen dulces mieles; tierra, prometida por el Dios de la libertad á cuantos hijos de Israel perseveraran constantes en su fe secular y huyeran á la triste abominable idolatría. Establecióse después de Moisés la República teocrática, mandada y dirigida por los jueces, quienes verdaderamente quisieron constituir el reinado de Dios sobre la tierra; pero circuidos los israelitas por todas partes de templos y de imperios, y de sacerdocios y de pueblos idólatras, claudicaron y cayeron á una en la triste abominación de las abominaciones, en la idolatría, mil veces, contra lo cual se levantaron por milagro en legión y en coro los profetas, defendiendo al pueblo contra la tiranía de los Reyes, y al templo contra el contacto de los ídolos. El Moisés de la sublime profecía judaica, el que agrupa en torno suyo las grandes almas proféticas y las coloca, cual una constelación brillantísima, en los cielos eternos de la Historia, es, á no dudarlo, ese gran Elías, cuyo carro de fuego se ve pasar por los cedros del Libano y por las cumbres del Carmelo; cuya voz suave, como la brisa del mar, se oye todavía con sus melodiosos acentos en las tempestuosas cumbres del alto Sinaí; y que, por tres religiones invocado como Abraham, asiste al coro inmortal de los profetas, sus sucesores, á las predicaciones del Bautista en las orillas del Jordán; á la Transfiguración de Cristo en el resplandeciente Tabor; que así premia la Historia los altos conceptos añadidos al acervo común de las ideas humanas y los grandiosos esfuerzos y sacrificios hechos por el progreso universal. El profetismo judío irá poco á poco presentando el reinado de Dios á la humanidad, reinado que sólo podrá consolidarse y extenderse tomando por centro y núcleo la montaña sacratísima de Sión. En vano las langostas del desierto devorarán las viñas y los vergeles del Codrón; los soldados idólatras asaltarán los muros y entrarán por las puertas del sacro templo rompiendo las tablas de las leyes y quemando el divino libro; los tiranos de Nínive y Babilonia lanzarán á los profetas en la fosa de sus leones, y amontonarán las cadenas á las orillas del Éufrates sobre las espaldas de los elegidos del Señor; los mercaderes fenicios llevarán las hijas de Israel desde los bazares de Tiro en sus frágiles leños á los mercados de Jonia: en medio de tantas desgracias, á través de un paño de lágrimas, en los hondos calabozos de los déspotas y bajo los tristes sauces del desierto, apedreados por su propio pueblo y perseguidos por sus propios Reyes, los profetas verán allá en los horizontes de lo futuro,

levantarse á sus ojos el reinado de Dios, y con el reinado de Dios la religión del espíritu, que ha de ser patrimonio común de toda la humanidad. Esta idea fué poco á poco extendiéndose, y su culto espiritualizándose poco á poco en obras tales como los «Salmos», cuyos bellos versículos ofrecen á Dios, en lugar del holocausto material antiguo, un corazón arrepentido y dispuesto á recibir la divina misericordia con una conciencia esclarecida, cual brillante luminar de los cielos inmensos.

La grande obra del pueblo judío es su libro, su Biblia, con razón llamada el antiguo Testamento, y con razón tenida como una de las más pingües herencias morales allegadas por la humanidad en su historia. No desconocemos que la crítica moderna, tanto en Alemania como en Holanda, estudiando el carácter de los pueblos israelitas, á la luz del puro juicio histórico, ha quitado tanto á la Iglesia católica ortodoxa como á la iglesia luterana en general muchas de sus tradiciones bíblicas, tan asentadas en el consentimiento de los fieles y en la rutina secular. Ya sabemos que los dos nombres dados á Dios por los judíos, el singular, ó sea el nombre de Johová, que así escribiremos para menor confusión, aunque con poca propiedad, y el plural Elohin, donde se guarda cierto género de politeísmo, revelan dos corrientes de ideas, encontradas y confundidas en el seno de la Biblia, y no igualmente monoteístas. Ya sabemos por los estudios de tantos y tantos sabios, cuyos apellidos embarazarían este sencillo capítulo, que no pueden atribuirse á Moisés, como se los atribuye la ortodoxia general cristiana, los libros del Pentateuco, redactados mucho más tarde, allá en tiempos de Saúl, por sacerdote de la familia de Aarón, que había observado las grandes tradiciones orales, conocidas con el nombre general de tradiciones mosaicas. Ya sabemos que no puede atribuirse á Moisés un libro histórico, donde su propia muerte se historia y se refiere, así como muchas otras cosas después de su muerte sucedidas. Ya sabemos cuanto se dice de los caracteres idumeos del sublime libro atribuido á Job; de las muchas obras y tradiciones imputadas falsamente á Salomón, bajo cuyo nombre se cuajan toda una leyenda y toda una ciencia; de los fragmentos apocalípticos encerrados en las profecías del gran Daniel; y de lo recientes que son los relatos del libro de Judith, sobre todo, si se relacionan con el origen y la fecha que le atribuye la creencia universal. Pero todo esto no quita, ni puede quitar un ápice á la importancia trascendental en la historia del sublime libro de los libros que ha traído al género humano con las ideas fundamentales de la divinidad para el espíritu, las ideas fundamentales de la moral para la vida. Imposible que ninguna religión pueda presentar los títulos del judaísmo ante los juicios de la Historia universal. En medio de la idolatría pagana, con la vecindad temerosa de colosales imperios idólatras, al pie de las Pirámides y de las esfinges egipcias, entre los altares de Moloch y de Baal, bajo los sauces de Babilonia y á los ecos de la orgiástica Ninive, después del paso de Alejandro por sus desiertos, después de las asechanzas que opusieran los Tolomeos á sus creencias, después de la tiranía de

los Seléucidas, bajo el imperio mismo de los romanos, cuando las nubes de los sacrificios materiales ofrecidos á los ídolos de oro empañaban su propio cielo, y los cantares báquicos de las voluptuosas regiones consagradas al culto de la naturaleza penetraban por sus oídos; Jerusalén, la verdadera ciudad de Dios, sostenía la idea metafísica sobre la cual debía fundarse nuestra fe y la ley de vida sobre la cual debía fundarse nuestra moralidad, consiguiendo que sus libros hayan pasado á proemio de todos nuestros libros religiosos; que sus Sinagogas hayan aparecido como atrios de todos nuestros templos cristianos; que sus Salmos contengan los clamores dirigidos al cielo por mil generaciones; que sus lamentos y sus elegías resuenen como resuenan los libros de Job en los funerales de nuestros muertos y como resuenan los Trenos de Jeremías en las Tinieblas de Semana Santa; que los sitios consagrados por la unción de sus recuerdos, los torrentes del Cedrón donde han bebido sus profetas, las rosas de Jericó en que se han aromado sus idilios, las colinas donde yacen sus héroes, los fragmentos rotos de los altares donde han celebrado sus holocaustos y sus sacrificios, merezcan todavía la visita mística de tantos peregrinos como van á bañar sus cuerpos en las aguas del Jordán y á ver antes de su muerte y de su juicio supremo y último, el Valle de Josafat. No hay que equivocarse, no: el Dios de los judíos es todavía el Dios de Kepler y de Newton, el Dios de Leibnitz y de Kant, el Dios de Víctor Hugo y de Manzoni, el Dios de Rafael y de Murillo, el Dios de Shakespeare y de Calderón, el Dios de la humanidad.

El judaísmo es un conjunto de tradiciones, de leyes, de ideas, de dogmas, sin cuya luz apenas se ve la humanidad en la historia. Y sin embargo, á pesar de tener el judaísmo esta considerable parte de vuestra vida y de vuestro espíritu, ¿lo admitirías como una religión definitiva y total y absoluta, después, sobre todo, de haber sido cristianos? Sucede con el judaísmo exactamente lo que sucede con el vedismo. Creemos y confesamos que tiene una parte considerable de nuestro sér y de nuestra vida, por lo mismo que somos cristianos; y sin embargo, no podemos reconocerlo como la religión definitiva y absoluta. Su sentido nacional parécenos hoy á nosotros estrecho. Su ley parécenos demasiado dura y cruel después de haber sentido la misericordia divina en la reconciliación de la criatura con el Criador traída por Jesucristo. Echamos de menos en el judaísmo aquella metafísica griega, la cual parece de nuestro espíritu salida, como el brillante hilo sale de los tegumentos del gusano de seda. No, la religión judía, por más que contenga el principio metafísico de nuestra fe y el principio moral de nuestra vida, no puede ser, no, la religión completa y perfectísima del humano linaje. El pueblo sacerdotal, que la conservara y extendiera, cayó tan lejos de los ideales concebidos y soñados por sus antiguos profetas, que perseguirlo fué, durante mucho tiempo, una superstición arraigada en los gobiernos cristianos y es hoy programa de un partido considerable y poderoso en el centro mismo de nuestra culta Europa. Ningún ideal se cumple y realiza por completo en la tierra. El me-

sianismo judío, que aguardaba un guerrero y un conquistador para salvar, como Josué ó como Jephthé, al hijo de Israel, y darle un trono eminente sobre toda la tierra, háse cumplido por el humilde Galileo, inerme y pobre, que muriera mártir de su ideal, en las cumbres del Gólgota. El reinado espiritual de Dios, háse cumplido, sí; mas no por la Sinagoga, por la Iglesia; no en torno del núcleo único de Jerusalén ó de la montaña de Sión, en torno de otros núcleos además de Jerusalén, como Atenas, como Alejandría, como Constantinopla, como Roma, como Witemberg, como Ginebra. Aquel Apocalipsis de los profetas ha destruido la Babilonia de los paganos; pero con la espada germánica y el martillo de Thoz. En consecuencia, el judaismo tiene derecho á considerarse como una parte integrante de la religión, como sucede al vedismo y al mazdeismo, pero no como la religión toda entera. El ideal divino de la humanidad no cabe dentro de las estrecheces y angosturas de un solo templo, entre los templos históricos, siquier ese templo tenga las dimensiones del erigido por Salomón y abrigue un Dios como el revelado por Moisés. El monoteísmo puro no constituye hoy en el mundo otra cosa más que la teocracia judía, dispersa por la tierra, y los imperios mahometanos, caídos en irremediable decadencia. Después de la Iglesia Católica de Jerusalén, viene realmente, por la natural ordenación del tiempo y del espacio, la Iglesia de Grecia. Nadie puede, nadie, disputar á esta Iglesia la primacía en lo temporal. Después del judeo-cristianismo sostenido por San Pedro, Santiago, San Mateo, San Marcos, sobreviene la religión helénica sostenida por San Esteban, San Pablo y San Juan. El comercio entre Tiro y las islas Jónicas, que se dilataba mucho más allá de Sión, y cubría toda Palestina; las conquistas de Alejandro, y su mágico paseo por Asia, que dejara tantas colonias griegas, como nidos de ideas sembradas en los surcos por su espada reabiertos en los senos del Asia; la dominación de los Seléucidas en Siria, que tantas veces cayeron sobre Jerusalén, y que tantas ideas helénicas sembraron por los arenales de la pedregosa Judea; el esfuerzo de los Tolomeos para concentrar todas las ideas en la capital fundada por Alejandro; la vecindad inmediata de Antioquia, de Damasco, de tantas poblaciones entonces semi helénicas, hicieron de la Iglesia griega la segunda Iglesia del recién nacido Cristianismo. Lo cierto es, que el primer idioma de la cristiandad fué, á no dudarlo, el idioma helénico; lo cierto es que los textos más clásicos de los Evangelios y de las epístolas de San Pablo han llegado hasta nosotros en griego; lo cierto es que la Biblia proclamada por el Catolicismo como definitiva, la Biblia verdaderamente ortodoxa, proviene de la traducción griega de los Setenta hecha en Alejandría; lo cierto es que los Padres más antiguos de la Iglesia, y los más venerados indudablemente, son los Padres helénicos; lo cierto es que la metafísica toda del Cristianismo es la metafísica griega recogida por los helenos al pie del Hible y transportada en los santos cálices del altar á los concilios ecuménicos. De consiguiente, la parte dogmática toda del Cristianismo se debe á la Iglesia griega. Un heleno-cristiano reveló á la conciencia universal todos los dogmas

arios, antes ocultos bajo misterios impenetrables, y los enlazó con la filosofía platónica y neo-platónica en el Evangelio de San Juan. Un alejandrino, como el gran Orígenes, encontró en la raíz del espíritu humano aquel Cristianismo natural demostrativo de que la conciencia humana y la revelación divina tienen un origen idéntico; y luego, al volver sus ojos á lo futuro, encontró aquellas esperanzas de redención universal, por las cuales debía el fuego eterno extinguirse y recobrar su naturaleza primitiva en los coros melódicos del Empíreo hasta los ángeles caídos y rebeldes. ¡Oh! sin la Iglesia griega no tendríamos idea del Verbo, no tendríamos idea del espíritu, no tendríamos explicación científica de la Trinidad ariana, no comprenderíamos la doble naturaleza de Cristo, ni las hipóstasis que constituyen la esencia y substancia de la divinidad en el seno de nuestra fe ortodoxa. La idea por cuya virtud se unen lo contingente y lo absoluto en la persona del Salvador; la idea en que se funda el carácter divino de Cristo, es una idea esencialmente metafísica y griega. Cristo, sin Atanasio y el concilio de Nicea, hubiera quedado reducido á un profeta de más ó menos inspiración, á un Mesías de más ó menos sacrificios; pero no fuera, no, consustancial con el Eterno Padre y Segunda Persona de la Trinidad Santísima. Y lo que decimos del Verbo decimos del Espíritu, provenientes ambos de la metafísica griega y ambos extendidos y comentados en las escuelas helénicas. Así, los grandes concilios ecuménicos orientales son los concilios del dogma, sobre todo, del dogma relativo á la divinidad y á sus relaciones con el espíritu y con el mundo. En cuanto acababa este brillantísimo esplendor de la Iglesia griega, los concilios tenían materia para sus controversias y para sus decisiones de los problemas morales y de los problemas metafísicos, propio de los grandes y excelsos reveladores del dogma. No se puede negar. La metafísica cristiana pertenece por completo á la Iglesia griega.

Y, en cuanto acabó este gran movimiento metafísico, en cuanto los dogmas quedaron definidos y claros, la Iglesia griega cayó en irremediable decadencia. Su falta principal consistió en someterse al Estado, y convertirse así en una rueda material de la mecánica cesarista, que dirigía con estrecho sentido aquella triste sociedad. Por consiguiente, como después de la Naturaleza ninguna esfera obedece menos á la moral que la esfera política, la Iglesia griega se convirtió bien pronto en una Iglesia burocrática, por completo ajena de suyo á los grandes ideales humanos, y sin aquellos caracteres cuasi divinos, indispensables á estas sociedades, que imbuidas de su Dios y mandadas por su sacerdocio, se consagran á la vida plena del espíritu. La unidad que buscara con tanto ahinco en la sombra del Estado político, no pudo encontrarla. Una especie de feudalismo eclesiástico desmembró diócesis, y aun patriarcados enteros del seno de Constantinopla. La Iglesia bizantina de la región helénica es hoy del todo independiente de la Iglesia bizantina de las regiones turcas. Los bizantinos diseminados por Austria, y que componían una docena de diócesis antes de haberse unido al imperio austriaco Bosnia y Herzegovina, constituyeron una